

Continuidades y rupturas en los estudios del lenguaje

Viviana Cárdenas

Universidad Nacional de Salta

Abordar el problema de las rupturas y continuidades en el estudio del lenguaje supone plantear las condiciones de posibilidad de ese saber. A diferencia de otras tradiciones, que han reflexionado sobre el lenguaje pero que han sido consideradas como "artes" o "filosofía", la lingüística ha reclamado para sí un carácter "científico". Además, suele considerarse a sí misma una ciencia joven. Sin embargo, se sigue discutiendo a partir de cuándo se puede hablar propiamente de lingüística. La palabra se usa por primera vez en 1833, Foucault señala este momento en que el lenguaje se cierra sobre sí mismo y adquiere consistencia, con leyes e historia propias, en el marco de los estudios filológicos del siglo XIX. Para él, la conciencia sobre el lenguaje es simultánea de la toma de conciencia del poder de la vida y de la fecundidad del trabajo y produce una fuerte transformación, que forma parte de la emergencia de un nuevo objeto científico: el hombre. Para Ferdinand de Saussure, la lingüística emerge con la escuela a la cual él pertenece, la neogramática, a fines del siglo XIX. Mounin opina que la lingüística general se inicia a principios del siglo XX, con el *Curso de Lingüística General*, otros llevan la etapa fundacional todavía más lejos: la segunda y tercera década de ese siglo. Así, Eliseo Verón opinaba que el campo se conforma con la primera recepción del *Curso*, porque el equilibrio precario que hacía del *Curso* un punto culminante del pensamiento positivista de fines del siglo XIX fue roto por quienes iniciarían la lingüística estructural. Si la lectura que los lingüistas de las Escuelas de Copenhague y Praga hicieron del *Curso* en clave formal y funcional conformó nuestra disciplina, podríamos pensar que no es necesario que se dé una ruptura explícita en una práctica científica para que desaparezca su unidad y se rompa su continuidad (Laudan, 1986: 9), sino que ni siquiera cuando una teoría pretende dar continuidad a puntos clave de otra se produce una continuidad y menos aún una acumulación.

De todos modos, e incluso contando con los desacuerdos de datación, la lingüística sería, en cualquier caso, una ciencia relativamente joven. Sin embargo, comparto la opinión de Jakobson respecto de que, en gran medida, se piensa que la lingüística es una ciencia joven

por su antitradicionalismo. Y encuentro que esa aseveración es profundamente cierta. Siempre me ha preocupado el hecho de que restringir el campo a los estudios sobre el lenguaje desarrollados en el siglo XX hace olvidar que la reflexión sobre el lenguaje es tan vieja como la humanidad. De hecho, en la Edad Media se sostenía ya que "la ciencia de la lengua era la primera por naturaleza y la fuente más antigua de todas las artes". Además, esta actitud antitradicionalista hace desaparecer de la formación básica los estudios del lenguaje que no tienen una naturaleza "científica", pero que tienen siglos de desarrollo en nuestra cultura, tales como la filología, la retórica, la hermenéutica. Es así como en lingüística es más sencillo hablar de las rupturas de las continuidades.

Sin embargo, en gran medida, el antitradicionalismo en lingüística no es sólo una actitud, que existe, y es fuerte, sino que tiene que ver con dos problemas correlativos: por una parte, con la naturaleza del lenguaje y, por otra parte, con una operación epistemológica. Cuando Foucault daba cuenta de las consecuencias de las transformaciones que acabamos de mencionar en el orden de la vida, el trabajo y el lenguaje en el siglo XIX, aseveraba:

al disociarse el cuadro de la historia natural, los seres vivos no quedaron dispersos, sino agrupados en torno al enigma de la vida, al desaparecer el análisis de las riquezas, todos los procesos económicos se reagruparon en torno a la producción y a lo que la hacía posible; en cambio, al disiparse la unidad de la gramática general, apareció el lenguaje según múltiples modos de ser, cuya unidad no puede ser restaurada sin duda alguna. (1968:296).

Por tanto, pretender convertir el lenguaje en objeto de estudio científico requiere convertir en dominio de objetividad sólo uno de sus modos de ser, pero justamente esa operación es la que mejor revela la dispersión del lenguaje. De ahí que la lingüística se dé a sí misma objetos que revelan muy bien que no son lo que el lenguaje en verdad también es: lo cambiante y lo permanente, lo gramatical y lo agramatical, los usos serios y no serios, el sentido y el sinsentido, porque la unidad, la univocidad, la lengua tanto como la diversidad, el equívoco y la no lengua forman parte del lenguaje.

Por ello es que para de Saussure era tan claro que había que adoptar un punto de vista que era el que finalmente terminaba definiendo el objeto, porque una ciencia sólo puede actuar en un campo homogéneo y para ello es necesario aislar todo aquello que no sea idéntico. Es la operación que reconocemos en los hitos de nuestra disciplina en el siglo XX, por mencionar sólo dos casos, con Saussure y la división del lenguaje en lengua y habla, con Chomsky y la división en competencia y actuación. Cada una de estas operaciones conforma una ruptura, pero al mismo tiempo establece una continuidad con modos anteriores de estudio del lenguaje, algunos de los cuales se consideraban superados desde hacía siglos,

como la gramática de Port Royal. Asimismo, cada una de estas operaciones es una respuesta a un modo de estudiar el lenguaje y, al mismo tiempo, genera respuestas que dan lugar a otras formas de estudio.

El caso de Ferdinand de Saussure es paradigmático, porque él fue un neogramático y son, finalmente, sus clases sobre lingüística, las que generan un cambio radical en los estudios del lenguaje. El hallazgo de sus manuscritos hace poco más de una década ha contribuido a complejizar el debate. Ya del mismo *Curso* emerge la idea de que la naturaleza heterogénea del lenguaje da lugar siempre a dos Lingüísticas, la de la lengua y la del habla, la interna y la externa, la sincrónica y la diacrónica. Es importante ese reconocimiento, a pesar de que el *Curso* afirme que la primera de cada par corresponde a la Lingüística propiamente dicha. Como bien observaba Eliseo Verón, estas dicotomías permiten fundar la legalidad de la lengua no en la racionalidad ni en la naturaleza (la lengua no es racional, sino involuntaria, no es natural, sino social, es decir, convencional y arbitraria) y, por tanto, se legaliza a sí misma en cuanto sistema. Se había consolidado la operación que, al definir el objeto de la lingüística, delimitaba el interior y el exterior de la disciplina. Es así como el cambio, lo extralingüístico en el lenguaje –historia, sociedad, cultura–, la escritura, el uso, habían quedado fuera de la lingüística propiamente dicha. Sin embargo, quiero destacar el hecho de que incluso en el *Curso*, todos eran objetos de diferentes lingüísticas, porque si hubo un lingüista consciente de cuán difícil era pensar una ciencia de la palabra era de Saussure.

En efecto, si se creyera que una ciencia siempre debe delimitar un punto de vista homogéneo sobre el lenguaje y que uno de sus principios constitutivos es no ser contradictoria, uno podría sorprenderse con definiciones que asignan a sus objetos características que luego niegan. De hecho, en el *Curso* el signo es a la vez mutable e inmutable y en los *Escritos* el lenguaje es al mismo tiempo permanencia y cambio. En sus manuscritos Saussure sigue esta línea de pensamiento y es todavía más claro:

Cada hecho de lenguaje [...] implica no UNA sino regularmente DOS EXPRESIONES RACIONALES, legítimas del mismo modo, una tan imposible de suprimir como la otra, pero conducen a hacer de la misma cosa dos cosas; esto sin ningún juego de palabras, como sin ningún malentendido sobre lo que acabamos de llamar *cosa*, a saber, un objeto de pensamiento distinto, y no una idea diversa del mismo objeto. (2011: 67 cit. por Michel Arrivé, 2014).

Al respecto, Michel Arrivé comenta, y comparto absolutamente, que “el lenguaje se nos escapa a cada instante debido a la multiplicidad, incluso de los puntos de vista, igualmente legítimos aunque aparentemente opuestos, desde los cuales puede ser observado”. Si fuésemos estrictamente consecuentes con este principio, debemos pensar que tanto la

lengua como la no-lengua deben ser objeto de los estudios del lenguaje. Incluso siendo menos radicales, debemos estar preparados para aceptar que estudios del lenguaje que ponen en juego diferentes racionalidades son igualmente legítimos. Es así como el *Curso de Lingüística General* habilita, ciertamente, la lectura inmanentista de Hjelmslev y el Círculo de Copenhague que acentúa las virtudes formalizantes de la lengua como estructura y la otra lectura, la de la Escuela de Praga, una de las más fecundas en el área, que define y, también recupera para la lingüística, en un trabajo de tiempo largo tantos objetos de pensamiento que hubieran corrido el riesgo de ser excluidos: no sólo el análisis de los sonidos de las lenguas, la fonética y fonología, sino también el cambio en relación con el sistema, la lengua como sistema múltiple, no homogéneo, el hablante, su intención y voluntad comunicativa, la lengua como instrumento, las funciones del lenguaje, el vínculo entre lingüística y poética, el texto y su dinamismo, la lengua hablada, etc.

Ahora bien, hacer de la lengua un real, con su propio orden y única causa de sí mismo, un real representable para el cálculo, como sostiene Jean Claude Milner (1999) era ya uno de los efectos de cientificidad que se había producido en el juego entre las condiciones en que se había escrito la obra de Saussure y las condiciones en que había sido leída.

El siguiente paso en la dirección de una formalización en lingüística fue dado por Chomsky, quien se preguntó por qué la especie humana era la única dotada de lenguaje, por qué cualquier niño puede aprender cualquier lengua y generar infinitos enunciados a partir de un número finito de elementos, a pesar de que está expuesto a datos insuficientes, incompletos y muchas veces erróneos. Eso lo llevó, a la inversa de Saussure, a legalizar la competencia en la naturaleza, pues sostuvo que los seres humanos tenemos una facultad de lenguaje, con principios eminentemente sintácticos, que se parametrizan con la escucha de datos de cualquier lengua. Puesto que su objeto no es la lengua externa, sino la lengua internalizada en la mente/cerebro, cambió también la estrategia metodológica. A la tradición empirista de la filología comparada y a la tradición inductiva y descriptivista del estructuralismo norteamericano contraponen esta postulación a priori de hipótesis generales cuyo núcleo duro es el innatismo. Tal como él ha sostenido:

mi sensación personal es que se requiere una idealización mucho más sustancial si queremos entender las propiedades de la facultad del lenguaje, pero el mal entendimiento y la confusión engendrados incluso por una idealización limitada son tan pertinaces que hoy no puede ser útil proseguir ese asunto. Debe notarse que idealización es término engañoso para la que es la única forma razonable de acercarse a un entendimiento de la realidad. (1988: 17).

Sin embargo, los efectos de sentido de esta posición mentalista y formalizante han sido paradójicos en los estudios del lenguaje, pues dieron lugar de modo inmediato a razonamientos que reivindicaron todas las facetas del lenguaje que corrían el riesgo de ser excluidas. Ha sido Chomsky "indirectamente responsable del desarrollo de la sociolingüística y la etnolingüística, a finales de los sesenta, y de la relevancia concedida a la pragmática y el análisis del discurso, a mediados de los setenta", como opinaba Beatriz Lavandera. Incluso compartiendo los postulados de Chomsky respecto de la competencia lingüística como lo hacían, por ejemplo, Dell Hymes o Labov, fundaron una concepción alternativa de lenguaje que pudiera dar cuenta de su funcionamiento en sociedad. A diferencia de Chomsky, encontraron patrones sistemáticos en la actuación. Así, Dell Hymes postula su noción de competencia comunicativa, que incluye la competencia lingüística, pero también la habilidad para emplear estas correspondencias entre formas fónicas y significados de una manera social y culturalmente adecuadas. Por su parte, Labov busca establecer las relaciones entre las diversas variables lingüísticas y correlacionarlas con variables externas, tales como sexo, edad, estatus socioeconómico, etc., determinando una muestra representativa de hablantes seleccionados con criterios extralingüísticos. Volvieron a discutir el lugar del dato en la teoría y abrieron el camino a versiones menos formalizantes, más abiertas al estudio empírico. Hay un acuerdo en la dirección, aunque haya diferencias, pues la etnografía del habla se decantará por el método etnográfico, cualitativo, y la sociolingüística por los métodos estadísticos, cuantitativos. Si la sociolingüística laboviana continúa la tradición lingüística por el estudio del cambio, de las reglas, de la frecuencia relativa de aparición de determinadas estructuras en las realizaciones de los hablantes, la etnografía del habla aspira a incorporar los fenómenos sociales al análisis lingüístico y para ello recurre a la noción de función, por lo que establecen una continuidad con la Escuela de Praga. Persiguen ante todo una teoría del lenguaje. Ahora bien, son otras disciplinas, como la pragmática y el análisis del discurso las que tomarán el contexto interpersonal como principal referencia, aunque la segunda, en su versión europea, se oriente cada vez más hacia el contexto histórico social para dar cuenta del poder, la ideología, las relaciones sociales.

Del mismo modo que Chomsky alentó, sin quererlo, el desarrollo de disciplinas que dieron envergadura al estudio de la naturaleza social del lenguaje, a las funciones que cumple, al comportamiento comunicativo y la acción social, también alentó otro programa de investigación, que retomó, en la década del ochenta, otro de los aspectos del lenguaje que el generativismo había dejado de lado, el significado. Si en Europa el rigor teórico hjelmsleviano había habilitado el estudio del significado dando lugar a la semántica estructural, en Estados Unidos, en un movimiento de objeción a los presupuestos

chomskianos surge la lingüística cognitiva. Ésta integró la capacidad lingüística en capacidades cognitivas tales como la percepción, la atención, la memoria, la categorización, la organización de la estructura conceptual y concedió al uso y a la comunicación un papel destacado en la explicación de la adquisición y selección de las construcciones. Su compromiso cognitivo, la lleva a integrar todo lo relativo al lenguaje a los descubrimientos realizados por la psicolingüística y las neurociencias.

Ahora bien, después de este rápido repaso del siglo veinte, necesariamente simplificador, me interesa destacar que, en lingüística, la coexistencia de teorías rivales es la regla, y no la excepción. No hay, entonces, *una* lingüística, sino, como sostenía Jean Claude Milner, "fragmentos de lingüística" en un campo de dispersión probablemente legitimados, como pensaba de Saussure, en la naturaleza paradójica del lenguaje.

Sin embargo, podríamos arriesgarnos a explorar otro acercamiento que nos permita pensar todo el campo. Podríamos, de este modo, acercarnos a quienes opinan que hay dos tradiciones en los estudios del lenguaje. Recordemos que, en epistemología las tradiciones de investigación son entendidas como:

(i) conjuntos de creencias acerca de qué tipos de entidades y procesos constituyen el dominio de la investigación y (ii) un conjunto de normas epistémicas y metodológicas acerca de cómo tiene que investigarse ese dominio, cómo han de someterse a prueba las teorías, recogerse los datos, etc. (Laudan, 1986: 18)

Caracterizaremos esas tradiciones teniendo en cuenta que no sólo tienen que ver con una concepción distinta de lenguaje, sino también del hablante. Si para una de estas tradiciones "el lenguaje es una pieza singular de la maquinaria biológica de nuestro cerebro que se desarrolla de forma espontánea en el niño, sin esfuerzo consciente o instrucción formal, se despliega sin que tengamos conciencia de la lógica que subyace a él, es cualitativamente igual en todos los individuos", tal como opina Chomsky, en la otra tradición predomina la idea de que nuestras conductas se vuelven específicamente humanas merced a un proceso histórico de socialización, pues sólo por él es posible la emergencia y el desarrollo de los instrumentos semióticos, entre ellos, el lenguaje. Somos, como individuos, como organización consciente de procesos y funciones internas con signos, un destilado de la relación social.

Rastier llama tradición lógica y gramatical a aquella que considera que el lenguaje debe estudiarse en su dimensión representativa, pues los signos son una ventana abierta a la cognición. Se desprende, por tanto, la posibilidad de estudiar los universales lingüísticos, que

son también universales cognitivos. De ahí su proclividad a la formalización. La ciencia del lenguaje, por tanto, se ancla en las ciencias naturales y se enmarca en una doxa racionalista. Las unidades de análisis son discretas, están fuertemente descontextualizadas, son idénticas a sí mismas y se conforman siguiendo una sola norma, el mejor ejemplo, son las unidades de los distintos niveles lingüísticos: fonemas, morfemas, oraciones. Personalmente, no estoy de acuerdo en incluir en esta tradición las líneas que enfatizan la dimensión comunicativa de la lengua, como lo hace Rastier. Sin embargo, es cierto que las líneas pragmáticas e incluso la lingüística del texto tienen una fuerte tendencia a formalizar, aislar principios generales y presuponer racionalidad, como lo hace esta tradición.

Rastier llama a la otra tradición retórica-hermenéutica, pero, en rigor de verdad, ese nombre da cuenta más de un deseo que de una realidad en la disciplina. Pienso que, para ser más realistas con la clase de estudios del lenguaje que se han desarrollado en el marco de la lingüística, debería llamarse simplemente una tradición socio-cultural. En ella el lenguaje se estudia en el entorno humano, que es social y responde a una tradición cultural. Esta clase de estudios puede dar cuenta de su diversidad, no sólo en las estructuras sino también en el uso, pero también puede pensar que el lenguaje, como sostiene Rastier, es un lugar de interpretación. La ciencia del lenguaje tiene, por tanto, una naturaleza histórica y cultural y se enmarca en una doxa empirista. Los objetos de estudio deben conformarse en relación con la máxima contextualización posible y, por tanto, pertenecen a un régimen interpretativo abierto, especificado por tipos de empleo propios de prácticas históricas y culturalmente situadas. Las unidades de análisis responden a diversas normas, particularmente relativas a géneros y discursos. Los signos no son reconocidos como constituidos como tales sino en el recorrido interpretativo, como en la semántica interpretativa de Rastier. Se acuerda en que todo texto testimonia la interacción de muchas clases de sistemas y normas. Si precisáramos las características de esta tradición desde las escuelas efectivamente activas en el siglo XX, podríamos ubicar en ella gran parte del trabajo de la lingüística antropológica y la etnografía del habla. Y no es una casualidad que éstas líneas puedan integrar los aportes de la Escuela de Praga, incluso de sus actuales continuadores.

Ciertamente, quienes hacemos lingüística reconocemos mucho mejor los principales desarrollos y logros de nuestra disciplina en la primera tradición, la lógico-gramatical, en tanto la segunda tradición sería la más capaz de recoger y reinterpretar las artes del lenguaje, que la lingüística no ha asumido ni ha continuado sino fragmentariamente. Sin embargo, incluso ampliando sus límites a lo social y cultural, sigue siendo una posición minoritaria, y no siempre es reconocida por la comunidad de lingüistas como parte de su disciplina.

Ahora bien, no quisiera terminar esta conferencia sin antes aclarar que es más fácil hablar sobre las rupturas en lingüística que vivirlas.

Daré al respecto un ejemplo, que tiene para mí la ventaja de que no forma parte de mi campo de trabajo. Lo he tomado de un lingüista español muy conocido en el norte de Argentina, porque ha trabajado el contacto quechua-español, el profesor Germán de Granda, quien fuera catedrático de Filología Románica en la Universidad de Valladolid. Reseñaré brevemente un artículo suyo, que me pareció muy representativo de un caso de ruptura. Los lingüistas que investigaban en el área de Filología Románica podían valorar de modo positivo a mediados del siglo XX el avance teórico y la consolidación metodológica de su área, posibilitada por el incesante trabajo de la lingüística histórica y comparada durante los tres primeros cuartos del siglo XIX. Merced a ello, tenían una gran amplitud de materiales de estudio, habían avanzado en la línea temporal de surgimiento de las lenguas románicas, podían dar cuenta de la vigencia de los principales dialectos y hablas y habían brindado una sólida base empírica para pensar problemas teóricos relativos al cambio lingüístico en el tiempo y en el espacio, al contacto de lenguas, a la interacción lengua, historia, sociedad, cultura. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX el panorama cambia radicalmente por el apogeo de la lingüística sincrónica y teórica que desvaloriza los métodos de la filología románica, tales como la filología textual y los trabajos de campo, porque prefieren los análisis abstractos de estructuras lingüísticas. La minusvaloración de los estudios diacrónicos, relegados al campo no susceptible de enfoque científico por la tesis saussureana, se agravó luego por los primeros impactos de la lingüística chomskiana de claro corte formal. A los jóvenes investigadores europeos, al promediar la segunda mitad del siglo, no les interesa el campo porque demanda el aprendizaje de gran cantidad de lenguas, porque no es tan sencillo descollar rápidamente debido a la cantidad de talentosos lingüistas que trabajaron durante décadas y, también hay que decirlo, porque no resulta tan sencillo conseguir becas o pasantías en el área. Otro agravante es que no es un tema que les permita la inclusión en la docencia media, en la que prima la enseñanza sincrónica de la lengua. Como se puede advertir, entonces, una ruptura en lingüística no es solo un problema teórico, es un problema que afecta la formación de recursos humanos, el curriculum del nivel superior y del nivel medio, la investigación y, por supuesto, la vida de los mismos lingüistas. Finalmente, termina afectando el campo completo. En uno de sus últimos libros, Rebecca Posner advierte que, finalmente, hay mucha publicación en Lingüística Románica a fines del siglo XX, área a la que finalmente llegan lingüistas generativos a partir de la teoría de principios y parámetros y lingüistas interesados en validar sus teorías con los datos de las lenguas románicas, pero abordan fenómenos aislados, o circunscriptos a las lenguas

estándar, o sesgados por las preferencias teóricas de los investigadores, no siempre con base empírica sólida. Como resultado, confiesa que incluso a ella, una de las más brillantes romanistas, le ha resultado muy difícil realizar una presentación comparada de los fenómenos y no aislada por lengua. La presentación de fenómenos aislados por lengua es ya la única opción de la publicación en el área de quien sucedió al profesor de Granda en su cátedra de Filología Románica en la Universidad de Valladolid a principios del siglo XXI. En este recorrido vemos ya parcialmente consumada una situación teórica y metodológica que ha perdido la tradición comparativa e histórica, sin duda, constitutiva de las ciencias de la cultura.

Es, por tanto, sencillo comprender las muchas razones por las que uno podría querer creer que, como opina una de las más influyentes lingüistas de Argentina, ser científicos significa "sumarse a las líneas exitosas y agregar". Sin embargo, si eso se hiciera, si se citara sólo los trabajos recientes, como sabemos que es de rigurosa obligación en las publicaciones del área, si adhiriéramos con fervor a las rupturas que consagra la academia, ¿no desaparecerían problemas fundamentales de la ciencia lingüística? Si hubiera finalmente triunfado la postura en favor de los estudios sincrónicos en Europa, el área se habría empobrecido, porque se hubiera perdido no sólo la posibilidad de pensar el cambio lingüístico, el rol regulador que juega en su transcurso la estructura y el rol iniciador de los factores extralingüísticos, sino también la heterogeneidad lingüística y discursiva constitutiva de las comunidades humanas, que es la mejor prueba de que el eje de la sincronía se constituye en la diacronía y por la diacronía.

El antitradicionalismo en lingüística, entonces, parece ser una actitud que impide percibir que no todo lo que llamamos progreso en los estudios del lenguaje supone un progreso en sí, sino que muchas veces es sólo un recorte para conformar un objeto de estudio. Estaremos ante un recorte fundado teóricamente, pero siempre debemos estar seguros de que lo que quedó fuera no es menos legítimo que lo que quedó dentro. Ese carácter polifacético del lenguaje que es y no es en el mismo tiempo y en el mismo momento, funda entonces la pluralidad teórica y esa pluralidad no debe ser entendida como pérdida, sino como ganancia. Por supuesto, esta conferencia sólo intenta ser un llamado de atención sobre esta problemática, pues observo que, inevitablemente, tal como corresponde a nuestra época en todos los campos científicos, en lingüística, tanto en el nivel de grado como en el nivel de posgrado, avanzan las especializaciones que se desarrollan en compartimentos estancos y, si bien el panorama teórico se pluraliza, la formación se especializa desde el inicio en una sola línea. De ese modo, en una borradura de la historia y de las otras perspectivas, no hay

posibilidad de desarrollar formaciones capaces de conectar campos diferentes, ni siquiera dentro de la misma lingüística.

Bibliografía

- ARRIVÉ, M. (2014) ¿Qué sucede con la inmanencia en la reflexión lingüística y semiológica de Saussure? En *Tópicos del Seminario*. México: BUAP.
- CÁRDENAS, Viviana (2003) Ciencia y lenguaje: unidad y dispersión. En *Elementos*. BUAP, Nº 50. Vol. 10, junio agosto.
- IBARRETXW-ANTIÑANO I. y VALENZUELA J. (dirs.) (2011) *Lingüística cognitiva*. Barcelona: Anthropos.
- CHOMSKY, N. (1995) *El programa minimalista*. Madrid: Alianza.
- DE GRANDA, Germán, (1982) La Lingüística Románica y su contribución a la teoría general de la Gramática Histórica. En Marcos MARÍN F. *Introducción plural a la gramática histórica*. Madrid: Cíncel. 259-289.
- DE SAUSSURE, F. de (1984) *Curso de Lingüística General*. Bs. As: Losada
- _____ (2004) *Escritos sobre lingüística general*. Barcelona: Gedisa.
- FOUCAULT, M. (1966) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, S. XXI.
- FRADEJAS RUEDAS, J. N. ((2010) *Las lenguas románicas*. Madrid: Arco.
- JAKOBSON, R. (1980) *El marco del lenguaje*. México: FCE.
- MILNER, J.C. (1998) *El amor de la lengua*. Madrid: Visor.
- LAUDAN, L. (1986) *El progreso y sus problemas. Hacia una teoría del conocimiento científico*. Madrid: Encuentro
- LAKATOS, I. (1982) *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*. Madrid: Tecnos
- LAVANDERA (1992) El estudio del lenguaje en su contexto socio-cultural. En NEWMAYER, F. *Panorama de la lingüística moderna*. Vol. IV. Madrid: Visor. Pp.529-555
- MILNER, J.C. (1980) *El amor por la lengua*. México: Nueva Imagen.
- MOUNIN, G. (1976) *La lingüística del siglo XX*. Madrid: Gredos
- PINKER, S. (1994) *El instinto del lenguaje*. Madrid: Alianza.
- PIATTELLI-PALMARINI, M. (1983) *Teorías del lenguaje. Teorías del aprendizaje*. Barcelona: Grijalbo.
- POSNER, R. (1996) *Las lenguas romances*. Madrid: Cátedra.
- RASTIER, F. (1996) Problematiques du signe et du texte. En *Intellectica* Nº 23, pp.11-82.
- VERÓN, Eliseo (1987) *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Bs. As: Gedisa.